

LA IDENTIDAD NARRATIVA DE JESÚS SEGÚN EL PENSAMIENTO DE A. GESCHÉ

FR. GUILLERMO LANCASTER JONES, OFM¹.

1. LA PREGUNTA SOBRE LA IDENTIDAD DE JESÚS

La pregunta sobre la identidad de Jesús está profundamente anclada a nuestra fe, es parte del evento fundador que proclama: “Jesús es el Señor”. El trabajo específico de la cristología será entonces el de encontrar la verdad sobre la identidad de Jesús.

Partiendo de la perspectiva de la revelación, como Pedro y los demás discípulos en Cesarea de Filipo, debemos preguntarnos: “Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ante una pregunta teórica e impersonal, encontramos una respuesta teórica e impersonal: “unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas”². El texto nos cuenta lo que dicen unos u otros, personajes anónimos, con respuestas que no involucran en absoluto a la persona. Pero el mismo Señor pregunta: ¿vosotros quién decís que soy yo?”³. Aquí ya no caben las respuestas teóricas y despersonalizadas, el Señor se dirige a cada uno para que se pronuncien.

En ninguno de los evangelios encontramos que Jesús proclame su propia identidad; al contrario, en el evangelio de Juan leemos: “si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería válido. Otro es el que da testimonio de mí”⁴. En el relato de Emaús, Lucas nos muestra que allí donde los hechos desencarnados sólo producen tristeza y desconcierto, el relato es como una luz que ayuda a comprender. La misma Escritura nos

¹ FRAY GUILLERMO LANCASTER-JONES CAMPERO, OFM, obtuvo la Maestría en Estudios Franciscanos en la Universidad de san Buenaventura, en Nueva York. Es además Licenciado y Doctor en Teología por la Universidad Católica de Lovaina. Actualmente es Secretario para la Formación y los Estudios de la Provincia de los santos Francisco y Santiago en México y profesor de teología dogmática en el Instituto Franciscano de Teología, en Garza García, N. L.

² Mt 16,14.

³ Mt 16,13.15.

⁴ Jn 5,31-32.

dice que una vez que los discípulos de Emaús *escucharon el relato* de Jesús “Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron”⁵.

Ya los exégetas nos han ayudado a comprender que Jesús no iba acompañado de un equipo de discípulos que tomara el dictado de sus palabras. Los evangelios no pretenden ser una crónica de los dichos y hechos de Jesús; antes bien, son una respuesta teológica, aunque sobre una base histórica, a la pregunta del Sumo Sacerdote: “Yo te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios”⁶. Todo el ministerio de Jesús se nos presenta enmarcado por la misma cuestión: “¿Eres tú el que tenía que venir?”⁷. Curiosamente, la respuesta no nos llega de algún miembro del grupo de los Apóstoles, sino de aquellos que son considerados impuros: los samaritanos que proclaman que Jesús es “el salvador del mundo”⁸, un centurión romano que exclama: “verdaderamente éste era el Hijo de Dios”⁹; un demonio que afirma: “Sé quién eres tú: el santo de Dios”¹⁰.

Ya desde los primeros Concilios de la Iglesia se afirmó la necesidad de conservar la profunda unidad entre la humanidad y la divinidad de Jesucristo, es decir, entre una *identidad histórica*, tal como puede ser establecida por la historia y una *identidad dogmática*, tal como ha sido constituida desde la fe¹¹.

Para unir ambos elementos, Gesché ve la necesidad de integrar un *tertio comparationis*¹². En su reflexión sobre Jesucristo escribe: “se puede, e incluso se debe, sospechar de cualquier forma de binomio: su limitación consiste en encerrar siempre dentro de una alternativa brusca, exclusiva y al fin poco fecunda”¹³. Ese tercer elemento propuesto es *la narrativa*: “ya no es posible abordar la cuestión cristológica, sea como historiador sea como creyente, dejando aparte esta cuestión del lenguaje que constituye algo así

⁵ Cf. Lc 24,25-27.

⁶ Mt. 26,63.

⁷ Mt 11,3.

⁸ Jn 4, 42.

⁹ Mt 27.54.

¹⁰ Lc 4,34.

¹¹ Cf. G. LANCASTER-JONES C., “La Encarnación: en lo más humano de lo humano”, en *Espíritu y Vida* 12 (2004), p. 2-14.

¹² Cf. A. GESCHÉ, *Jesucristo*, Salamanca 2002. Nos basamos principalmente en este texto, que a su vez sigue de cerca y retrabaja la obra de Paul Ricoeur.

¹³ *Ibid*, p. 81.

como la cuna y la puerta de entrada. A Jesús se le ha narrado”¹⁴. En efecto, los evangelios, tal y como los conocemos ahora, fueron primero una tradición oral, y sólo después, cuando fueron muriendo los testigos oculares, fueron puestos por escrito. De algún modo, “el relato es la escritura de la Escritura”¹⁵.

2. NOCIÓN Y CONTENIDO DE LA “IDENTIDAD NARRATIVA”

En sí mismo, este método no es del todo nuevo, ya desde los años ochentas había sido propuesto por E. Schillebeeckx, P. Beauchamp y otros¹⁶. La idea de fondo es que el relato constituye algo así como el estatuto interior de la Escritura. El ser humano sólo puede definirse como un ser que narra, y él mismo no puede ser otra cosa que un ser narrado. Somos el producto de una serie de historias: la de nuestros padres y antepasados, la de nuestro país, la de nuestra cultura, etc.

Ricoeur formula una hipótesis según la cual “la identidad narrativa, tanto de una persona como de una comunidad, constituiría el lugar buscado (del) cruce entre historia y ficción”¹⁷. Esta propuesta no deja de ser al mismo tiempo interesante e inquietante. Por una parte, es claro que un relato no es solamente una pura representación del pasado, ya que ese pasado siempre es releído desde un contexto, como bien decía Ortega y Gasset, somos nosotros y nuestras circunstancias. Es como si entre el pasado y el presente se estableciese un diálogo que permite una parte de reconstrucción de los eventos. Es así que el relato de un mismo evento, relatado por varios testigos, no necesariamente concuerda.

Por otra parte, la propuesta de Ricoeur integra el elemento de *la ficción*, lo cual no dejará de inquietar a muchos, pues podríamos pensar que ficción equivale a mentira. Pero hay que reconocer que en el relato de ficción siempre se incorporan elementos de la vida diaria. Un cuento o una novela deben tener esa capacidad de poner al día nuestra experiencia. Por

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ A. GESCHÉ, *Jesucristo*, p. 94.

¹⁶ Cf. E. SCHILLEBEECKX, *Jesús, la historia de un viviente*, Madrid, 1983; P. BEAUCHAMP, *Iniciación a la práctica de la teología*, (t. 1), Madrid 1984, p. 189-237; D. MARGUERAT - Y. BOURQUIN, *La Bible se raconte. Initiation à l'analyse narrative*, Paris, 1997.

¹⁷ P. RICOEUR, *Soi-même comme un autre*, Paris 1990, p. 138, nota 1.

tanto, dice Gesché, podemos entender la identidad narrativa como “el producto de la convergencia de la historia y de la ficción”¹⁸. Más aún, cada una de esas dos formas de relato necesita de la otra: “La historia se sirve, en cierto modo, de la ficción para configurar el tiempo, y la ficción se sirve de la historia con el mismo propósito”¹⁹.

Otro elemento que entra en juego en una buena narración, es *la intriga*. Todo texto supone una escena, una lógica de los hechos que involucra al lector. Es allí donde reside la magia de un buen libro: el lector se puede situar desde cualquiera de los personajes. La intriga es el hilo conductor a una narración. La habilidad del escritor consiste en suscitar una problemática lo suficientemente interesante como para que el lector se involucre en la escena. Esto es importante, pues nos dice que una obra literaria no vale sólo por la idea que quiere manifestar, sino sobre todo por la forma en que la desarrolla. Así, lo que los evangelistas nos transmiten es un relato que nos habla de la vida Jesús, pero elaborado desde la fe de sus discípulos.

Es por medio de ese relato que sabemos quién es Jesús y que somos invitados a involucrarnos en su proyecto. Según Gesché nos encontramos ante una verdadera epistemología de la identidad: al decir *aquí estoy*, Jesús deja a los otros que narren su identidad. Esto no quiere decir que mi identidad venga *del* otro (eso sería alienación), sino que como ya decía Levinas, mi identidad me llega *a través* del otro.

CONCLUSIÓN

Mirando ahora hacia la necesaria unidad entre la humanidad y la divinidad de Jesucristo, podemos pensar que la propuesta de Gesché, de establecer una *identidad narrativa*, une ambos polos por medio de un relato que proclama lo que los testigos del evento Jesucristo vieron, lo que escucharon, lo que palparon²⁰. La narración evangélica es el lugar donde se proclama y se comprende la identidad de Jesús.

Ciertamente, tenemos que resistir al menosprecio de la historia, un Cristo que se limitara a ser sólo Cristo, correría el riesgo de conducirnos a la idolatría, de habitar siempre en el pasado. La identidad narrativa nos permite

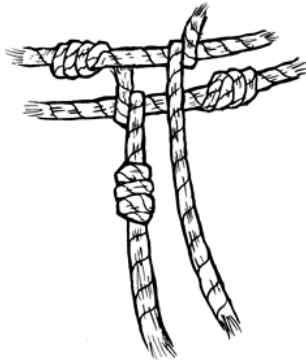
¹⁸ P. RICOEUR, *Réflexion faite. Autobiographie intellectuelle*, Paris 1995, p. 75.

¹⁹ P. RICOEUR, *Temps et récit*, (t. III), Paris 1985, p. 265.

²⁰ Cf. 1Jn 1,1.

conservar la actualidad de la persona de Jesús, y afirmar que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y mañana²¹.

Pero tampoco podemos olvidar *la identidad dogmática* de Jesucristo. Si le abandonamos corremos el riesgo de pensar que tenemos en ella un acceso inmediato a Cristo. Al igual que la historia, el dogma tampoco puede prescindir del evangelio y de su carácter narrativo. Sólo mirando a Jesucristo a través del prisma del relato evangélico podremos encontrar su sonoridad, y proclamar con fe que “Jesucristo es Señor, para alabanza y gloria de Dios Padre”.



²¹ Cf. Heb 13,8.